

La distinción entre los conceptos de violencia y poder en la obra filosófico-política de
Hannah Arendt

Diego Andrés Córdoba Carrero

Trabajo de Grado para Optar el Título de Filósofo

Director
Andrés Botero Bernal
Doctor en Derecho

Universidad Industrial de Santander
Facultad de Ciencias Humanas
Escuela de Filosofía
Bucaramanga
2021

Dedicatoria

Le dedico este proceso a mis padres y a mis hermanos porque a lo largo de todo este camino me estuvieron apoyando y guiando para que hiciera las cosas de la mejor forma, así también porque siempre creyeron en mí para completar mi formación profesional.

Agradecimientos

Primeramente, a mi profesor y director de tesis Andrés Botero, que pese a la coyuntura debido a la pandemia siempre me estuvo apoyando y guiando en este proceso, donde me hizo crecer no solamente como profesional sino como persona.

A mi profesor Daniel Mogollón por enseñarme que la cultura indígena tiene una identidad diferente a la de nosotros, y que por ser diferente aprendí que no hay que estigmatizar a estas comunidades, pues esa es su cosmovisión donde resulta interesante porque esta abarca unos conocimientos maravillosos con base a la tierra, donde el hombre occidental si se lo propone puede aprender.

Por último, agradezco también a mis profesores Jorge Maldonado, Fredy Ortiz, Rafael Angarita, Dairon Rodríguez y a muchos más que hicieron parte de mi formación profesional.

Tabla de Contenido

Introducción -----	7
1. Conceptualización de la violencia en la obra Sobre Violencia de Hannah Arendt -----	8
2. Conceptualización del poder en Sobre la violencia y la Condición -----	18
3. Relaciones y oposiciones entre los conceptos de violencia y poder en las obras: Sobre la violencia y la Condición humana -----	27
4. Conclusiones -----	33
Referencias bibliográficas -----	37

Resumen

Título: La distinción entre los conceptos de violencia y poder en la obra filosófico-política de Hannah Arendt*

Autor: Diego Andrés Córdoba Carrero**

Palabras Clave: Política, violencia, poder, sociedad.

Descripción:

El presente proyecto tiene como objetivo establecer la diferencia entre los conceptos de violencia y poder en la obra filosófico-política de Hannah Arendt, filósofa política alemana de gran prestigio por su constante reflexión sobre el hombre y la sociedad. El estudio de la política para la autora en cuestión ha sido uno de sus puntos más fuertes, en especial, sobre cómo se establece la política en la comunidad.

De manera similar, la autora plantea, en sus obras, diferentes características de la violencia y el poder, términos que constantemente han sido relacionados con la política. Se cree, entonces que, si hay política, hay poder, y el poder, por su parte, se manifiesta en la violencia. Por el contrario, Hannah Arendt considera que a través de la violencia no se llega al poder y cuando una persona o comunidad tiene poder, no ejercerá la violencia para mantenerlo.

Asimismo, la autora da relevancia al vivir en comunidad, al reconocer la importancia del otro para trabajar mancomunadamente en la obtención de beneficios para todos. Por tanto, se pretende caracterizar los conceptos de violencia y de poder desde las obras tituladas *La condición humana* y *Sobre violencia* de Hannah Arendt y, a su vez, ofrecer una mirada conjunta de los términos, desde sus relaciones y oposiciones.

* Trabajo de Grado

** Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Filosofía. Director: Andrés Botero Bernal. Doctor en derecho.

Abstract

Title: The distinction between the concepts of violence and power in Hannah Arendt's philosophical-political work *

Author: Diego Andrés Córdoba Carrero **

Key Words: Violence, power, politics, society.

Description:

This project aims to establish the difference between the concepts of violence and power in Hannah Arendt's philosophical-political work, she is a high-prestige German political theorist for her constant reflection on humanity and society. The study of the policy for the author in question has been one of her strongest points, especially on how politics is established in the community.

Similarly, the author raises, in her works, characteristic differences in violence and power, terms that have consistently been related to politics. It is believed, then, that, if there is politics, there is power, and power, for its part, manifests itself in violence. On the contrary, Hannah Arendt considers that through violence there is no coming to power and when a person or community has power, will not exercise violence to maintain it.

Likewise, the author gives relevance to living in community, recognizing the importance of the other to work together profit-making for all. It is therefore intended to characterize the concepts of violence and power from the works entitled *The Human Condition* and *About Violence* by Hannah Arendt and, in turn, offer a joint look at the terms, from their relationships and oppositions.

* Degree Work

** Faculty of human sciences. School of philosophy. Director: Andrés Botero Bernal. Doctor en derecho.

Introducción

La constante reflexión filosófica sobre las relaciones humanas y sociales permite pensar al hombre sobre la violencia y el poder desde la filosofía política. Por ende, se toma énfasis en las obras tituladas *La condición humana* y *Sobre violencia* de la filósofa alemana Hannah Arendt, quien da otro sentido a aquello que constituye la política y la distinción entre violencia y poder, términos que comúnmente son empleados como sinónimos y que, naturalmente, tienen una aprensión de dependencia del uno con el otro.

En este orden de ideas, el presente artículo académico se establece como trabajo de grado del pregrado en Filosofía bajo la modalidad de trabajo de investigación. A su vez, la tesis se encuentra dividida en tres capítulos: El capítulo I establece la conceptualización de la violencia en la obra de Hannah Arendt. En el capítulo II se fija la conceptualización del poder en la obra de Hannah Arendt. El capítulo III, por su parte, se caracteriza por presentar las relaciones y las distinciones entre los conceptos de violencia y poder en la autora en cuestión, de manera que esta división orientará el proceso investigativo. El trabajo de indagación se ha dividido de esta manera para presentar, de manera clara y explícita, la inherencia de cada término de manera individual y visualizar, más adelante, a través de la reflexión, las posibles relaciones y oposiciones entre ellos dos.

Finalmente, este trabajo de grado parte del siguiente objetivo general: Establecer la diferencia entre los conceptos de violencia y poder en la obra filosófico-político de Hannah Arendt.

1. Conceptualización de la violencia en la obra *Sobre Violencia* de Hannah Arendt

Se habla de lo político porque habitualmente los términos de violencia y poder se acúñan a su estructura en la obra "*Sobre la violencia*". Además, lo político se ha caracterizado por los prejuicios con los que la sociedad comúnmente la relaciona: Estado de dominadores y dominados, la sumisión, el poder, la violencia y su designación como medio para alcanzar un fin determinado. Frente a estas consideraciones, Arendt (1997) afirma:

La política, se dice, es una necesidad ineludible para la vida humana, tanto individual como social. Puesto que el hombre no es autárquico, sino que depende en su existencia de otros, el cuidado de ésta debe concernir a todos, sin lo cual la convivencia sería imposible (p. 67).

Al tratarse de una necesidad, es imprescindible el reconocimiento del otro en la sociedad para lograr en comunidad la obtención de fines comunes, pues su propia existencia depende de las relaciones humanas. En tanto, toda consecución de fines genera cambios en la naturaleza, en lo conocido por el hombre y que, dichos cambios, son producidos a través de las acciones del ser humano. Ahora bien, habitualmente se relaciona la política con el poder y la violencia, términos que son completamente opuestos pero que, por lo general, suelen emplearse como sinónimos.

En este sentido, Arendt, desde su análisis, describe que la violencia se presenta como un mecanismo histórico de las revoluciones. A su vez, Arendt (1963) establece:

Todos estos fenómenos tienen en común con las revoluciones su realización mediante la violencia, razón por la cual a menudo han sido identificados con ella. Pero ni la violencia ni el cambio pueden servir para describir el fenómeno de la revolución; sólo cuando el cambio se produce en el sentido de un nuevo origen, cuando la violencia es utilizada para constituir una forma completamente diferente de gobierno, para dar lugar a la formación de un cuerpo político nuevo, cuando la

liberación de la opresión conduce, al menos, a la constitución de la libertad, sólo entonces podemos hablar de revolución (pp. 35-36).

Entonces, es la violencia asumida como fuente de la revolución de las sociedades, de la obtención de nuevos cuerpos políticos que ejerzan igualdad de condiciones para los ciudadanos y no para la burguesía.

Al mismo tiempo, para ampliar la visión filosófica de la relación entre la violencia y el poder, se toman las reflexiones de diferentes filósofos para apreciar, desde diversas posturas, el poder en la esfera política de la sociedad, fundamentándose en las características intrínsecas de los dos términos abordados, tanto por su carácter social como por su discurso y aplicación de la palabra con sus actos.

La violencia se ha visto vinculada al desarrollo político en la sociedad. En este caso, en cuanto a la violencia, Sorel (1908) habla de la *violencia proletaria*, la cual, cambia de apariencia en todos los conflictos en los que interviene y niega la fuerza organizada de la burguesía con la pretensión de suprimir al Estado. Donde, los socialistas parlamentarios que son hijos de la burguesía se muestran desorientados cuando se ven frente a la violencia proletaria. Cuando se manifiesta en la sociedad la violencia proletaria, se manifiesta directamente una amenaza contra la burguesía, hasta el punto de poder destruir las instituciones en las que se encuentran los burgueses. Contrario a lo que piensa Arendt, el Estado burgués responde a este tipo de amenaza a través de la violencia porque su poder se encuentra debilitado y es el medio de presión por el cual responden en la lucha de clases.

De manera similar, Lenin en *Estado y revolución* habla de la incidencia que ha tenido la violencia en la historia, donde la clase dominante nunca ha dejado su poder y la represión del pueblo. Por tanto, Lenin (1917) establece:

El Estado es una organización especial de la fuerza, es una organización de la violencia para la represión de una clase cualquiera. ¿Qué clase es la que el proletariado tiene que reprimir? Sólo es, naturalmente, la clase explotadora, es decir, la burguesía. Los trabajadores sólo necesitan el Estado para aplastar la resistencia de los explotadores, y este aplastamiento sólo puede dirigirlo, sólo puede llevarlo a la práctica el proletariado, como la única clase consecuentemente revolucionaria, como la única clase capaz de unir a todos los trabajadores y explotados en la lucha contra la burguesía, por la completa eliminación de ésta (p. 29).

Por su parte, en su obra *El político y el Científico* en la sección, *La política como vocación* Weber (1979) expone:

La violencia no es, naturalmente, ni el medio normal ni el único medio de que el Estado se vale, pero sí es su medio específico. Hoy, precisamente, es especialmente íntima la relación del Estado con la violencia. En el pasado las más diversas asociaciones, comenzando por la asociación familiar, han utilizado la violencia como un medio enteramente normal. Hoy, por el contrario, tendremos que decir que Estado es aquella comunidad humana que, dentro de un determinado territorio (el territorio es el elemento distintivo), reclama (con éxito) para sí el monopolio de la violencia física legítima (p. 83).

En cuanto a las concepciones sobre el poder, a continuación, se presentan algunas:

Max Weber (1979) lo relaciona desde la política. Es decir, “quien hace política, aspira al poder, al poder como consecución de otros fines (idealistas o egoístas), o al poder por el poder, para gozar del sentimiento de prestigio que él le confiere” (p. 84). En este planteamiento, al conseguir el poder, se crea un sentimiento de superioridad sobre los demás, conseguir las cosas a su disposición, se crea, conscientemente un estado de dominador y dominados. No goza de la palabra, la persuasión y la acción que, según Arendt, constituyen la verdadera magnitud del poder. Por su parte, Bertrand de Jouvenel (2008) considera que:

Nos encontramos con el poder cuando nacemos a la vida social, del mismo modo que nos encontramos con el padre al nacer a la vida física. El Poder es para el ser humano un hecho natural. Por lejos que se remonte la memoria colectiva, ha presidido siempre los destinos humanos. Y también en nuestros días su autoridad encuentra en nosotros el apoyo de sentimientos muy antiguos que, en sus formas sucesivas, ha ido inspirando sucesivamente (p. 40).

En este sentido, para Bertrand de Jouvenel, el poder se manifiesta propiamente desde el momento en que el ser humano inicia su participación en la vida social de un Estado, es una condición que le viene dada por naturaleza, sin la necesidad de ser impuesta por alguien más y se constituye así un papel fundamental en su camino en sociedad. Es una concepción que se acerca un poco a los planteamientos de Hannah Arendt, al considerar que el poder no se obtiene de manera impuesta, es, de una u otra manera, el paso para actuar consecuentemente.

Se toma en cuenta el ámbito político porque lo político es una de las varias herramientas que son constituyente de la condición humana, y además es un mecanismo esencial para convivir con el otro y cambiar la naturaleza de las cosas para suplir las necesidades del hombre, necesidades que compartimos al ser de la misma especie. Asimismo, Hannah Arendt se permite aclarar las

diferencias que tienen intrínsecamente la violencia y el poder, que, erróneamente, han sido ligadas en el campo político. La violencia, como se verá más adelante, está determinada por los instrumentos, el medio para llegar a algún fin, y el poder, a la cantidad de personas que apoyan los ideales en la obtención de beneficios para toda la sociedad. De igual manera, son términos que se manifiestan en casi todos (por no decir que todos) los ámbitos de la vida cotidiana, de la vida en sociedad y la comprensión del otro.

Ahora bien, el estudio filosófico de Hannah Arendt sobre la política nace desde el análisis de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), a partir de la cual permite reflexionar sobre los componentes que han caracterizado este acontecimiento, y que, para ella, han sido conceptualizados de manera errónea. Uno de estos conceptos es el de violencia.

En primera instancia, se parte de la idea del ser humano como habitante de la tierra, cuyas acciones determinan su paso y reconocimiento en la sociedad, en el actuar con relación a las necesidades de sí mismo. En *La condición humana* (2009), Arendt describe la acción como aquella actividad que se da entre los seres humanos sin la mediación de las cosas, donde solo a partir de la pluralidad, del hombre habitar la tierra y vivir en el mundo, dan paso a la condición de la vida política. Dicha pluralidad es la condición de la acción humana, porque los seres humanos somos lo mismo (en cuanto a nuestra condición humana), pero nadie es igual a otro (nos diferencia los pensamientos y el actuar). Además, Arendt, considera que, desde el ámbito político, se trata de vivir entre hombres, entendiendo esto como la capacidad de los seres humanos para vivir en sociedad, de aceptar que se necesita del otro para actuar en concordancia a los progresos del mundo. Si el ser humano actuara desde la individualidad, no podría lograr suplir sus necesidades, convivir armónicamente ni establecer relaciones que propicien las características del ser político.

Naturalmente, el actuar del hombre determina las condiciones de vida, sus decisiones y la manera en la que afronta su existencia en los diferentes panoramas que le permiten desenvolverse desde sus intereses y necesidades. En este sentido, Arendt (2009) establece que:

Mediante la acción y el discurso, los hombres muestran quiénes son, revelan activamente su única y personal identidad y hacen su aparición en el mundo humano, mientras que su identidad física se presenta bajo la forma única del cuerpo y el sonido de la voz, sin necesidad de ninguna actividad propia (p. 203).

Bajo las características de la identidad física, el ser humano es igual a sus semejantes, pero es distinto por las acciones que realiza en su actividad en la sociedad, desde a la acción misma que beneficie a la comunidad. El discurso y la acción determinan la consecución de un fin, la búsqueda de intereses que dan significado a su participación productiva. Ahora, la acción no es un sustituto de la violencia, pero si no hay acciones concretas, concertadas y que beneficien a todos en comunidad, se presenta la violencia.

Arendt (2005) considera que la acción violenta es guiada por la categoría medios-fin y su principal característica, adaptada a los asuntos humanos, es siempre el fin. Es decir, el fin está en riesgo de verse superado por los medios a los que justifica y que los mismos, son indispensables para alcanzarlo.

Asimismo, Arendt (2005) describe que en las fábricas empiezan a incorporar máquinas que suplantando la mano de obra de sus trabajadores, acciones que generan caos porque interfieren en el trabajo de la clase obrera. En este aspecto surge la violencia también. La autora especifica que la violencia se manifiesta cuando el ser humano suspende su estado natural, su quietud, para suplir las necesidades que le atañen. En otras palabras, cuando el individuo emplea instrumentos (manos,

cuerpo, fuerza, herramientas, etc.) para conseguir un fin, hay violencia. La violencia vista desde la consecución de un propósito y no desde la agresión física, la amenaza o la muerte.

En este orden de ideas, en *Sobre la violencia* la autora se interesa por indagar sobre la naturaleza y la causa de la violencia. De manera que, Arendt (2005) explicita que no comprende “el por qué se nos exige reconocer que el hombre se conduce en gran manera como las especies territoriales de grupo” (p. 80). Si bien las investigaciones de las ciencias sociales y de las ciencias naturales han derivado del trabajo con los animales, no indica que nosotros, como seres humanos, reaccionemos de manera semejante ante panoramas de miedo, frustración, rabia o que nos lleve a actuar de manera violenta, como naturalmente ellos reaccionarían. Dichas investigaciones surgen porque es más fácil llevar a cabo el proceso investigativo con animales que con personas, aunque bastaría con involucrarse con las comunidades más vulnerables para percibir dichas emociones. Ante el panorama investigativo de las ciencias sociales y las ciencias naturales que consideran el comportamiento violento como una reacción natural en el ser humano, Arendt (2005) explica:

Se dice que la agresividad, definida como impulso instintivo, tiende a realizar el mismo papel funcional en el marco de la Naturaleza que desempeñan los instintos nutritivo y sexual en el proceso de vida de los individuos y de las especies. Pero, a diferencia de estos instintos, que son activados por apremiantes necesidades corporales de una parte y por estimulantes exteriores de otra, los instintos agresivos parecen ser en el reino animal independientes de semejante provocación; por el contrario, la falta de provocación lleva aparentemente a una frustración del instinto, a una agresividad «reprimida», que, según los psicólogos, conduce a una acumulación de «energía» cuya eventual explosión será mucho más peligrosa (pp. 81-82).

En este sentido, la violencia sin provocación se produce de manera natural y si llega a perder su “auto conservación” se convierte en irracional. En este aspecto, es cuando se le da la razón que se estima por lo que los seres humanos pueden ser más “bestiales” que los otros animales. Lo que hace al hombre diferente a los animales es su capacidad de razonar, su razonamiento lo lleva a la creación de herramientas desde una actividad mental que suele ser más compleja. Pero, Arendt (2005) argumenta que “la razón no es la distinción específica del hombre y la bestia, es la ciencia, el conocimiento de esas normas y de las técnicas para aplicarlas” (p. 84). Es decir, lo que distingue al ser humano de los animales es la ciencia, el conocimiento de las normas que se requieren para aplicar la ciencia en el medio ambiente en el que se desarrolla.

A su vez, Arendt (2005) explicita que la violencia “seguirá siendo racional sólo mientras persiga fines a corto plazo. La violencia no promueve causas, ni la historia ni la revolución, ni el progreso ni la reacción; pero puede servir para dramatizar agravios y llevarlos a la atención pública” (p. 107). Así, se abre paso al hacer notar las injusticias que han sido silenciadas, las palabras que no se han dicho, los agravios que se han cometido, para hacer temblar y hacer responsables a los Gobiernos Estatales de generar respuestas al grupo de personas que ha encontrado en ese camino la única manera de hacerse escuchar.

Ahora bien, la creación de instrumentos para defenderse del “enemigo” han sido desarrolladas, en primer lugar, por las fuentes estatales que son fuente primaria para actuar como técnica eficaz de control social y de persuasión. Basta con enfrentarse a un par de armas para tener actos violentos, en este caso, la fuerza de la violencia no deriva de la cantidad, como ocurre con el poder. Cuando los intereses del gobierno se ven afectados por un grupo de revolucionarios que

exigen que se haga justicia frente a acontecimientos que vulneran sus derechos, hacen uso de las órdenes para atacar sin importar que atente contra la vida de los demás. Arendt (2005) establece:

En un contexto de violencia contra violencia la superioridad del Gobierno ha sido siempre absoluta pero esta superioridad existe sólo mientras permanezca intacta la estructura de poder del Gobierno- es decir, mientras que las órdenes sean obedecidas y el Ejército o las fuerzas de policía estén dispuestos a emplear sus armas. Cuando ya no sucede así, la situación cambia de forma abrupta (p. 66).

Mientras los grupos militares, policías y demás miembros que conforman la bancada del Estado seleccionada para “restablecer” el orden público, acaten las disposiciones de quien está a cargo, el gobierno tiene garantías frente a sus “enemigos”, pues ellos actúan bajo los deseos de un hombre, de una entidad. Sin embargo, cuando ya están debilitados y sus contrincantes están en mejor posición, se puede presentar la derrota del Estado. Por consiguiente, Arendt (2005) determina que, “Donde la violencia ya no es apoyada por el poder se verifica la bien conocida inversión en la estimación de medios y fines” (p. 76). Es decir, los medios pasan a un primer lugar, son los que van a determinar el fin, con el efecto de que es el fin quien provocará la adquisición de ese poder, desde otras manos. Se aprecia claramente el papel que juegan los medios y los fines en la acción violenta.

Como consecuencia, la violencia puede llegar al poder, pero no mantenerse ahí. El poder es la esencia de los Gobiernos, es mucho más fuerte que la violencia y esta última solo es el medio, mas no el fin. Arendt (2005) argumenta que “La violencia es, por naturaleza, instrumental; como todos los medios siempre precisa de una guía y una justificación hasta lograr el fin que persigue. Y lo que necesita justificación por algo, no puede ser la esencia de nada” (p. 71). Si bien en el

presente capítulo se aborda solo la violencia cabe resaltar que esta nunca se podrá llevar a cabo en el poder, pues el poder se promulga a través de los ideales, la persuasión, las palabras, el apoyo de las comunidades a los planes propuestos. Por el contrario, la violencia toma fuerza cuando las palabras no son escuchadas y este se convierte en la manera de hacerse notar y, de alguna manera u otra, obtener respuestas.

De acuerdo con los planteamientos abordados hasta el momento y reconociendo el carácter instrumental que tiene la violencia, hay un elemento fundamental que respalda a la violencia: La potencia. Desde luego, la potencia es también un concepto abordado en la obra *Sobre la Violencia* de Arendt, como la propiedad inherente a un objeto o persona y se deriva en su carácter. En este sentido, los instrumentos de la violencia han sido creados con el propósito de multiplicar la potencia, multiplicar su naturalidad hasta que llegue al fin a sustituirla.

Del mismo modo, hay un aspecto en común que señalan el paso a la violencia: La rabia. Arendt (2005) afirma: “La rabia puede ser, desde luego, irracional y patológica, pero de la misma manera que puede serlo cualquier otro afecto humano” (p. 85). Para que el ser humano manifieste rabia es porque puede estar expuesto a condiciones bajo las cuales sea deshumanizado. Un claro ejemplo de ello, abordado por la autora, son los campos de concentración, donde la tortura, el hambre, la pesadumbre no hacen que el hombre se torne en animal o se manifieste violentamente, es la ausencia de la rabia la que impide el paso hacia la violencia.

Para concluir este capítulo, se puede decir que los seres humanos, desde el análisis biológico, no somos seres violentos, como lo consideraban las ciencias naturales, pero empleamos la violencia para interrumpir las condiciones de vida de determinado momento, con el vital propósito de la consecución de fines que satisfacen las necesidades e intereses colectivos. Ahora

bien, se apela a la violencia cuando hay vulneración de derechos, cuando la palabra, el discurso, la conversación están siendo ignorados y no hay manera particular de reclamar y hacer justicia.

2. Conceptualización del poder en *Sobre la violencia y la Condición Humana*

El hombre, como ser social, constituye las bases de las relaciones interpersonales y sus percepciones del mundo. Como se ha mencionado anteriormente, el reconocimiento del otro, el verse como iguales y buscar el bien común instaura al ser humano en la realización de actividades humanas, actividades por las cuales se crea el mundo. Arendt (2009) explicita:

Cosas y hombres forman el medio ambiente de cada una de las actividades humanas, que serían inútiles sin esa situación; sin embargo, este medio ambiente, el mundo en que hemos nacido, no existiría sin la actividad humana que lo produjo, como en el caso de los objetos fabricados, que se ocupa de él, como en el caso de la tierra cultivada, que lo estableció mediante la organización, como en el caso del cuerpo político (p. 37).

Bajo esta premisa, se puede decir que, la actividad del hombre está regida por las acciones y lo que ellas le aportan desde su organización al medio ambiente que transforma. Ahora bien, la organización en la sociedad era un paso inclinado hacia el ámbito político, destacado por la importante participación de la acción al discurso. La estructura de la *polis* se caracterizó por el medio de persuasión, de manera que esta le permitía contestar, replicar y explicar lo que hacía. Según Arendt (2009): “Ser político, vivir en una *polis*, significaba que todo se decía por medio de palabras y de persuasión, y no con la fuerza y la violencia” (p. 40). Si bien el ser político comprende la persuasión, el poder también se fortalece por la expresión de las palabras, las ideas y la acción, aspectos que fundamentan su actuar en la vida social y se alejan rotundamente de la violencia.

Cuando la autora toma en cuenta la acción y el discurso, se hace un análisis concreto que funciona como mecanismo para conocer la esencia de los hombres. Es decir, Arendt (2009) establece que, a través estos dos componentes, los hombres muestran quiénes son, hacen una revelación de su personal identidad y, por tanto, hacen su aparición en el mundo, pues su identidad física solo se presenta bajo la forma única del cuerpo, sin la exigencia de hacer alguna actividad propia.

En este orden de ideas, es pertinente afirmar que, en la obra de Arendt, hay una relación bastante fuerte entre la acción y el poder. Generalmente, el poder se ha considerado como un componente del que prescinde una persona para ejercer cierta autoridad ante el pueblo, la *polis* o la comunidad. Sin embargo, Arendt, en sus múltiples estudios y reflexiones sobre la política describe que el poder es la capacidad del ser humano para actuar, pero su posición es gracias a todas las personas o grupos sociales que han creído en sus ideologías. Para ser más específicos, en palabras de Arendt (2005), se conceptualiza el poder así:

Poder corresponde a la capacidad humana, no simplemente para actuar, sino para actuar concertadamente. El poder nunca es propiedad de un individuo; pertenece a un grupo y sigue existiendo mientras que el grupo se mantenga unido. Cuando decimos de alguien que está «en el poder» nos referimos realmente a que tiene un poder de cierto número de personas para actuar en su nombre. En el momento en que el grupo, del que el poder se ha originado (*potestas in populo*, sin un pueblo o un grupo no hay poder), desaparece, «su poder» también desaparece. En su acepción corriente, cuando hablamos de un «hombre poderoso» o de una «poderosa personalidad», empleamos la palabra «poder» metafóricamente; a la que nos referimos sin metáfora es a «potencia» (p.60).

Se puede señalar que, el poder es instituido por la unión que mantienen determinados grupos, por la confianza que depositan en los líderes para que tomen decisiones acertadas desde acciones que se reflejen en el beneficio y el bienestar de todas las personas que conforman las sociedades, es más, el poder es exento de ser una cualidad de una persona “poderosa”. Siempre que alguien está en el poder, está allí gracias a los individuos que contemplaron como acertadas sus propuestas e ideologías. De igual manera, cuando la persona que tiene el poder carece del apoyo y la unión de las comunidades, su poder se destruye, automáticamente, porque la unión es su fuerza, posición bastante contundente en Arendt (2009), “el poder surge entre los hombres cuando actúan juntos y desaparece en el momento en que se dispersan” (p. 223).

Bajo la premisa de la unión de las comunidades y el valor de “las personas poderosas” para obrar contundentemente, se forjan las instituciones estatales bajo lo que se conoce como Gobierno. Se establece, que son instituciones a merced del pueblo desde un Gobierno representativo. Arendt (2005) afirma:

Es el apoyo del pueblo el que presta poder a las instituciones de un país y este apoyo no es nada más que la prolongación del asentimiento que, para empezar, determinó la existencia de las leyes. Se supone que bajo las condiciones de un Gobierno representativo el pueblo domina a quienes le gobiernan. Todas las instituciones políticas son manifestaciones y materializaciones de poder; se petrifican y decaen tan pronto como el poder vivo del pueblo deja de apoyarlas. Esto es lo que Madison quería significar cuando decía que «todos los Gobiernos descansan en la opinión» no menos cierta para las diferentes formas de monarquía como para las democracias (p. 56).

El apoyo del pueblo se vuelve crucial cuando las instituciones estatales, a través del poder que se les confiere, toman decisiones que responden de manera eficiente a las necesidades de la

comunidad y al mejoramiento de las prácticas sociales que permiten vivir en armonía. A su vez, determinan las leyes predominantes bajo las cuales se rige la conducta del ser humano. Asimismo, Arendt (2005) especifica:

Sin embargo, la fuerza de la opinión, esto es, el poder del Gobierno depende del número; se halla «en proporción con el número de los que con él están asociados» y la tiranía, como descubrió Montesquieu, es por eso la más violenta y menos poderosa de las formas de Gobierno. Una de las distinciones más obvias entre poder y violencia es que el poder siempre precisa el número, mientras que la violencia, hasta cierto punto, puede prescindir del número porque descansa en sus instrumentos (p. 57).

Cuando el poder se ve afectado por la cantidad de personas que le siguen apoyando, irremediabilmente caen sus decisiones sobre el pueblo. No obstante, ante la necesidad de seguir en el poder, algunos líderes o gobernantes toman la decisión de ir por caminos desesperados, entre ellos, la violencia.

En este sentido, el estudio que realiza la autora al antisemitismo nacionalista da cuenta del poder que tenían los nazis para tomar decisiones y atacar, desde mecanismos violentos, a los judíos que se encontraban en Alemania. La obra titulada *Orígenes del Totalitarismo*, describe los diversos sucesos a los que estuvieron sometidos los judíos, el poder que ejercían sobre ellos y la carencia de participación en el mundo. A su vez, el análisis evidencia que el crecimiento de la capacidad industrial y económica logró producir un debilitamiento en el ámbito político y tuvo mayor impacto las fuerzas económicas. En esta medida, según Arendt (1974), “el poder era considerado sinónimo de la capacidad económica antes de que la gente descubriera que la capacidad económica e industrial son solamente sus modernos prerequisites” (p.103).

Asimismo, la economía pasó a ser un elemento de mayor relevancia en los Gobiernos de la época, contemplando el valor del poder al sistema económico. Arendt (1974) afirma:

El poder económico podía llevar a los Gobiernos a su ruina porque poseían en la economía la misma fe que los simples hombres de negocios, que de alguna manera les habían convencido de que los medios de violencia del Estado tenían que ser exclusivamente utilizados para la protección de los intereses económicos y de la propiedad nacional (p. 103).

Las protecciones de los intereses económicos en la sociedad pasan a ser tomados en cuenta en el desarrollo de los Gobiernos estatales, en la medida que se llegase a implementar la violencia como instrumento para proteger sus intereses.

Como se ha afirmado precedentemente, pocos filósofos o pensadores de la época se han detenido a examinar las implicaciones individuales que trae consigo el poder y la violencia. Por tanto, la autora toma en cuenta los aportes de la obra *The Notion of the State*, donde Alexandre Passerin d'Entrèves (como se citó en Arendt, 2005, p. 51) considera que: “Si la esencia del poder es la eficacia del mando, entonces no hay poder más grande que el que emana del cañón de un arma y sería difícil decir en qué forma difiere la orden dada por un policía de la orden dada por un pistolero” (p. 51). Afirmaciones que de forma directa llevan a replantear las implicaciones que tiene consigo el poder y sus propios alcances.

Por tanto, si la materialización del poder se refleja en las instituciones gubernamentales, hay un aspecto con mayor relevancia que caracteriza principalmente el estudio de la autora. Arendt (2009) explica:

El único factor material indispensable para la generación de poder es el vivir unido del pueblo. Sólo donde los hombres viven tan unidos que las potencialidades de la acción están siempre presentes,

el poder puede permanecer con ellos, y la fundación de ciudades, que como ciudades-estado sigue siendo modelo para toda organización política occidental, es por lo tanto el más importante prerequisite material del poder (p. 224).

Desde esta estipulación, es elocuente sostener que la unión de las comunidades se convierte en un prerequisite del poder, al poner de manifiesto la gran responsabilidad y capacidad de actuar certeramente que tienen las entidades gubernamentales, que, en este caso, son las que ejercen mayor poder en la sociedad. Es indispensable, a su vez, que para mantener el poder se obre bajo las necesidades y los beneficios que requiera el pueblo, pues si se ven afectados los intereses comunes fácilmente dejarán a un lado su apoyo y se conformarán nuevos grupos que actúen de manera diferente. Arendt (2005) especifica “de forma que el poder, lejos de constituir los medios para un fin, es realmente la verdadera condición que permite a un grupo de personas pensar y actuar en términos de categorías medios-fin” (p. 71).

En este sentido, las entidades o las personas que tienen poder y toman decisiones en lo que creen conveniente para la sociedad, emplean el poder desde un ámbito discriminatorio para acabar con su presencia en el mundo y así mantener la raza pura en la humanidad. En un caso particular, frente a las condiciones a las que estaban sometidos los judíos, su pérdida de influencia y su desaparición de posiciones importantes, surge un análisis interesante del poder. Arendt en su obra *Los Orígenes del Totalitarismo* (1974) afirma:

La persecución de grupos desprovistos de poder o en trance de perderlo puede no ser un espectáculo muy agradable, pero no procede exclusivamente de la bajeza humana. Lo que hace que los hombres obedezcan o toleren, por una parte, el auténtico poder y que, por otra, odien a quienes tienen riqueza sin el poder, es el instinto racional de que el poder tiene una cierta función y es uso general (p. 46).

Cuando un grupo determinado de personas está desprovisto de poder, inevitablemente se ve dispuesto a obedecer o llegar a tolerar a aquellos que, de una u otra manera, han obtenido el apoyo social para actuar a favor de un limitado grupo social que se favorece por sus acciones. La conciencia racional de las funciones que caracterizan al poder, son un punto fuerte en la ejecución de actividades que destruyan, a través de la bajeza humana, un conjunto de personas inocentes, en este caso, específicamente, de la población de judíos.

Ante los diversos sometimientos a los que estuvieron doblegados los judíos a través de la jerarquía del poder nazi, se vieron en la necesidad de buscar la manera de ejercer mecanismos que les permitiera defenderse de acontecimientos desgarradores que marcaron su vida. Entre tanto, Arendt (1974) describe que “los judíos, sin conocimiento o interés por el poder, nunca pensaron más que en ejercer una suave presión para pequeños fines de autodefensa” (p. 66). Su interés no estuvo marcado por la necesidad de obtener poder y cesar con las condiciones que no les permitía vivir en libertad en la sociedad de la época, por ello, su vínculo se gestaba en el planteamiento de mecanismos que les permitiera defenderse de los gobernantes y sus políticas discriminadoras.

En concordancia con el planteamiento establecido por la autora y llevado a cabo durante el presente apartado, se rescata la posición que contempla sobre el poder y del espacio de su aparición. Con el objeto de retomar la trascendencia que tiene el discurso de la acción en la esfera del poder en las sociedades, Arendt (2009) destaca:

El espacio de aparición cobra existencia siempre que los hombres se agrupan por el discurso y la acción, y por lo tanto precede a toda formal constitución de la esfera pública y de las varias formas de gobierno, o sea, las varias maneras en las que puede organizarse la esfera pública (p. 222).

Cabe resaltar la fuerza que lleva consigo el discurso para lograr que a partir de un grupo de personas que comparten y están de acuerdo con sus planteamientos, se conforme a gran escala la *esfera pública*. La presencia de la esfera pública da lugar a la organización de las sociedades, a la organización gubernamental y al proceder formal en las elecciones del poder. En consecuencia, no basta que una persona se valga del discurso y acción para obtener de manera certera ese poder por el que intrínsecamente ha promulgado conseguir. Se requiere; además, que en todo momento estén juntos, porque si falta uno, se pierde credibilidad en el otro. En otras palabras, Arendt (2009) describe:

El poder sólo es realidad donde palabra y acto no se han separado, donde las palabras no están vacías y los hechos no son brutales, donde las palabras no se emplean para velar intenciones sino para descubrir realidades, y los actos no se usan para violar y destruir sino para establecer relaciones y crear nuevas realidades (p. 223).

De manera ocasional, algunas personas que están en busca del poder solo acuden al discurso para conseguir apoyo de los diferentes grupos a los que se ha permitido interactuar y sus acciones pueden estar presentes en ese instante. Ahora bien, cuando los grupos le han apoyado y han logrado la obtención del poder, puede surgir de que, en sus realidades políticas, las acciones sean ausentes y de forma exclusiva emplee el discurso para justificarse. De manera más clara, Arendt (2005) explicita:

El poder surge allí donde las personas se juntan y actúan concertadamente, pero deriva su legitimidad de la reunión inicial más que de cualquier acción que pueda seguir a ésta. La legitimidad, cuando se ve desafiada, se basa en una apelación al pasado mientras que la justificación se refiere a un fin que se encuentra en el futuro (p. 71).

Por lo tanto, la reunión inicial y lo que en ella se contemple son el paso definitivo para considerar la obtención del poder o no. Si se presenta un discurso certero, clave y que apunte a las necesidades de los grupos con quienes se encuentre dialogando y, además, sus actos comprueben la realidad de sus palabras, tendrá más oportunidades que aquel que independice el discurso de los actos. En este caso juega un papel relevante la legitimidad en cuanto la misma persona “apoderada” se contradiga con sus ideas y acciones iniciales. Es necesario, en este sentido, especificar la actuación del Gobierno frente a las elecciones que se realizan para dar o jerarquizar el poder a la persona que ha sido elegida por el pueblo. Para tener más precisión, Arendt en su obra *Orígenes del Totalitarismo* (1974) manifiesta que: “los partidos eran reconocidos como grupos cuyos diputados representaban los intereses de quienes les habían votado. Aunque luchaban por el poder, se entendía implícitamente que correspondía al Gobierno establecer un equilibrio entre los intereses en conflicto y sus representantes” (p. 89).

Todo poder propenderá a mantener un equilibrio con las diferencias de los partidos que se propusieron llegar al poder.

Finalmente, las relaciones que emergen en los grupos sociales, políticos y entidades gubernamentales son producto del reconocimiento del ser humano y su papel en el mundo, que constantemente se va transformando conforme a las necesidades de los individuos. Si no existiese la conciencia de pensar al otro como igual y que, sus acciones en colectividad contribuyen a la consecución de beneficios comunes, difícilmente se podría vivir en armonía y respetando a todos. Por lo cual, la autora, en sus reflexiones, enfatiza en las relaciones que como seres sociales el individuo establece con los demás.

3. Relaciones y oposiciones entre los conceptos de violencia y poder en las obras:

Sobre la violencia y la Condición humana

Como se ha mencionado con anterioridad, se suele distinguir al poder y a la violencia como elementos que constituyen las dinámicas de los Estados Gubernamentales en las sociedades. Sin embargo, es viable establecer una relación que comparten estos dos conceptos. Según Arendt (2005):

Ni la violencia ni el poder son un fenómeno natural, es decir, una manifestación del proceso de la vida; pertenecen al terreno político de los asuntos humanos cuya calidad esencialmente humana está garantizada por la facultad humana de la acción, la capacidad de comenzar algo nuevo (p. 112).

Contrario a lo que se ha considerado sobre el instinto innato del ser humano, las manifestaciones violentas no vienen dadas desde la propia naturaleza, más bien se manifiestan a partir de las diferentes situaciones sociales y políticas que caracterizan la vida en comunidad. Estas manifestaciones e ideologías se producen por las acciones que las personas realizan para alcanzar determinados fines. De igual manera, el poder se determina por las experiencias con el otro, con el accionar para un fin común. Claro está, hay personas que tienen la capacidad de liderar por su discurso, sus ideologías o sus planteamientos frente a los diversos acontecimientos que caracterizan la vida como seres sociales.

Las relaciones interpersonales entre los seres humanos marcan el desarrollo de una vida plena y tranquila en la sociedad. Sin embargo, las instituciones que se han encargado de promulgar el poder o tomarlo para el beneficio de todos, han creado leyes que se pretende sean obedecidas para evitar las problemáticas entre los individuos. En consecuencia, la obediencia pasa al plano de la violencia en el accionar violento. Arendt (2005) establece que:

Donde las órdenes no son ya obedecidas, los medios de violencia ya no tienen ninguna utilidad; y la cuestión de esta obediencia no es decidida por la relación mando-obediencia sino por la opinión y, desde luego, por el número de quienes la comparten. Todo depende del poder que haya tras la violencia. El repentino y dramático derrumbamiento del poder que anuncia las revoluciones revela en un relámpago cómo la obediencia civil-a las leyes, los dirigentes y las instituciones-no es nada más que la manifestación exterior de apoyo y asentimiento (p. 67).

La relación que se genera, en este caso particular entre el poder y la violencia es que, en los actos violentos se necesita poder para que las personas asociadas obedezcan las órdenes y se pueda lograr el fin. De igual manera pasa con el poder cuando hace uso de los instrumentos para atacar a sus adversarios. Si sus órdenes son obedecidas irá en buen camino, de lo contrario, será derrumbado.

Del mismo modo, tanto el poder como la violencia requieren de puestas en marcha, de la acción, para llegar dar lugar a sus planteamientos. Aspecto estudiado por Arendt (2009) en cuanto considera que “Actuar, en su sentido más general, significa tomar una iniciativa, comenzar (como indica la palabra griega *archein*, «comenzar», «conducir» y finalmente «gobernar»), poner algo en movimiento (que es el significado original del *agere* latino)” (p. 201).

Si bien la violencia y el poder actúan de maneras opuestas, cada uno de ellos necesita de la acción para comenzar algo, para generar movimiento a los ideales que particularmente sigue cada uno de ellos.

Por otra parte, hay algunas distinciones bastante características entre la violencia y el poder descritas por Hannah Arendt. El análisis de dichas distinciones ofrece una mirada holística del desarrollo de la violencia y del poder en las formas de Gobierno conocidas y estudiadas durante

las diferentes generaciones. Para Arendt (2005) hay una diferencia significativa entre estos dos conceptos:

La fuerza de la opinión, esto es, el poder del Gobierno depende del número; se halla «en proporción con el número de los que con él están asociados» y la tiranía, como descubrió Montesquieu, es por eso la más violenta y menos poderosa de las formas de Gobierno. Una de las distinciones más obvias entre poder y violencia es que el poder siempre precisa el número, mientras que la violencia, hasta cierto punto, puede prescindir del número porque descansa en sus instrumentos (p. 57).

En este sentido, el poder toma fuerza por la cantidad de personas que estén de acuerdo con sus ideologías o estén asociados a las propuestas que mantienen su posición para el bienestar de toda la comunidad. Ahora, la violencia no se necesita imprescindiblemente una cantidad concreta de personas que se vinculen a su favor. Basta con que una persona accione un arma o un instrumento de fuego para iniciar situaciones particularmente violentas, no depende del número, sino de los instrumentos que disponga.

Asimismo, una distinción bastante precisa entre poder y violencia es que, en el poder, la acción es desplazada al discurso, más como un medio de persuasión para expresar desde la palabra, alejando toda manifestación violenta, Arendt (2009) argumenta:

El interés se desplazó de la acción al discurso, entendido más como medio de persuasión que como específica forma humana de contestar, replicar y sopesar lo que ocurría y se hacía. Ser político, vivir en una *polis*, significaba que todo se decía por medio de palabras y de persuasión, y no con la fuerza y la violencia (p.40).

A su vez, es certero afirmar que en tanto haya una dominación de violencia, carecerá el poder y viceversa. No pueden asociarse de manera continua estos dos aspectos, por lo cual, Arendt (2005) afirma:

El poder y la violencia son opuestos; donde uno domina absolutamente falta el otro. La violencia aparece donde el poder está en peligro, pero, confiada a su propio impulso, acaba por hacer desaparecer al poder. Esto implica que no es correcto pensar que lo opuesto de la violencia es la no violencia; hablar de un poder no violento constituye en realidad una redundancia. La violencia puede destruir al poder; (pero) es absolutamente incapaz de crearlo (p. 78).

A pesar de la capacidad de la violencia para destruir al poder, no tendrá legitimidad para crearlo, pues la carencia de personas asociadas no le permitirá ser líder ante los requerimientos de la sociedad. Hay que destacar, además, que el “dominio” ejercido por la violencia es guiado por el terror de quienes observan desde afuera.

Como destaca Arendt, la violencia, a diferencia del poder, siempre necesita de herramientas y la revolución tecnológica confluye con ello, pues la fabricación de herramientas ha sido bastante notada para dicho uso. La razón de la acción violenta es conducida por la categoría medios-fin, donde su principal característica, situada en los asuntos humanos, es la de que el fin está siempre en peligro de verse superado por los medios a los que justifica y que son ineludibles para alcanzarlo.

En este caso, situando al poder como el fin, se podría decir que, cuando los gobiernos deciden atacar a través de los instrumentos, se ven quebrantados sus intereses y recurren a sistemas violentos para intentar, de una manera u otra, seguir allí, no perder el poder y lo que él constituye en los Gobiernos, que, en este caso, es la entidad que ejerce mayor poder en las sociedades.

Ahora, el poder tiene a su favor un componente que lo diferencia en gran medida de la violencia y es el apoyo que tiene la comunidad con sus ideales, con las propuestas, las leyes o los planteamientos que determinan su continuidad. En tanto, Arendt especifica que el apoyo del pueblo

es el que genera poder a las instituciones de un país, de modo que este apoyo es la prolongación del asentimiento que, para empezar, determinó la existencia de las leyes. Se considera, entonces, que, bajo las condiciones de un Gobierno representativo, el pueblo domina a quienes le gobiernan. Las instituciones políticas son manifestaciones y materializaciones de poder, que decaen tan pronto como el poder del pueblo deja de apoyarlas.

Las instituciones políticas pierden su sentido cuando no son apoyadas ni legitimadas por la sociedad, si bien el pueblo elige a una persona o un grupo de personas para que actúe a favor de toda la comunidad, se espera que, la opinión del pueblo sea tomada en cuenta y el accionar corresponda a las necesidades del pueblo.

Al hablar directamente de las instituciones políticas, se habla entonces del valor del poder para llegar a ejercer en plenitud desde el Gobierno. Otra de las distinciones que realiza Arendt (2005) corresponde a la esencia de los Gobiernos en cuanto a poder y violencia:

El poder corresponde a la esencia de todos los Gobiernos, pero no así la violencia. La violencia es, por naturaleza, instrumental; como todos los medios siempre precisa de una guía y una justificación hasta lograr el fin que persigue. Y lo que necesita justificación por algo, no puede ser la esencia de nada (p. 70).

En este sentido, se desmitifica la idea que se ha tenido por décadas respecto a la relación implícita que daban a la violencia como el fundamento del poder. Como precisa la autora, la violencia sí necesita justificación, necesita tener algún argumento, planteamiento o posición que intente dar sentido a las acciones violentas. Sin embargo, al requerir de justificaciones, no tiene esencia como el poder, por ende, se refleja solo a través de los instrumentos.

Ahora, de acuerdo con Arendt (2005), La “extrema forma de poder es la de Todos contra Uno, la extrema forma de violencia es la de Uno contra Todos. Y esta última nunca es posible sin instrumentos” (p. 57). Cuando el poder opta por responder a las acciones violentas se generan situaciones de caos de todos contra todos, o bien, cuando sus escudos doblan a los oponentes, se podría hablar de una forma extrema de todos contra uno. Hay que tener en cuenta que las instituciones estatales cuentan con gran armamento, instrumentos y personal para responder y defenderse contra el oponente. En cuanto a la premisa de la extrema forma de violencia de uno contra todos se deja ver que, si carece de instrumentos, posiblemente no se ejecutarían de manera precisa las acciones violentas contra determinado grupo que carece de las mismas.

Finalmente, se cree que las acciones de los seres humanos determinan su relación con el mundo y con lo que espera de él. A pesar de ello, el accionar de los individuos es improbable, no se puede especificar a ciencia cierta de qué manera actuará frente a determinados acontecimientos. Por tanto, Arendt (2009) en su estudio político especifica:

El hecho de que el hombre sea capaz de acción significa que cabe esperarse de él lo inesperado, que es capaz en realizar lo que es infinitamente improbable. Y una vez más esto es posible debido sólo a que cada hombre es único, de tal manera que con cada nacimiento algo singularmente nuevo entra en el mundo (p. 202).

4. Conclusiones

Para cerrar el presente artículo académico, se precisan algunas conclusiones como resultado del análisis de las obras filosófico-política de Hannah Arendt, a saber, *Sobre la violencia* y la *Condición humana*.

La reflexión filosófica de las diversas situaciones que atañen la vida de los seres humanos y, por tanto, las relaciones sociales que confluyen en la *polis* permite ver las diversas perspectivas en el actuar de la sociedad. El análisis de la obra filosófico-política de Hannah Arendt ofrece, quizás, una de las pocas posiciones que concede el pensamiento más allá de lo ya establecido.

La pensadora Hannah Arendt desarrolla una fuerte crítica a las líneas de pensamiento relacionadas con la típica idea de la política basada en la premisa de que unos pocos tienen el derecho de mandar y los demás se ven obligados a obedecer. Establece las verdaderas bases de lo que constituye la política y la vida del ser humano en sociedad.

Desde Arendt, es prudente concluir que violencia y poder son totalmente opuestos, donde uno domina, falta en absoluto el otro. Para que prime el poder, se requiere ineludiblemente el apoyo y aceptación de la comunidad, todo ello a través del discurso y de las acciones, pues el accionar es lo que caracteriza buenas prácticas de poder. Si no hay acción y se va en contra del discurso que llevó a las personas a adquirir el poder, fácilmente dejarán de apoyarle, y, sin personas asociadas, su poder se disolverá.

En efecto, el análisis de los planteamientos de Hannah Arendt permite desligar la violencia como sinónimo de poder o más específicamente, la violencia deja de ser un elemento imprescindible en la política, como se suele considerarse en la sociedad. Si bien los Gobiernos estatales han llegado a obtener poder por el apoyo de gran parte de la sociedad, los mandatarios

(durante su periodo de Gobierno), establecen herramientas para usar, de ser necesario, ante las revoluciones de los grupos indignados ante las injusticias que se cometen en la sociedad.

Asimismo, la violencia no tiene la fuerza para crear el poder, pues su accionar deriva desde los instrumentos, que posiblemente produzcan una victoria (un cambio en el poder), pero no la legitimidad de ejercer el poder en sus verdaderas facultades. De esta manera, se puede decir que el poder genera poder, en la medida que la persuasión y la acción sean significativas.

De acuerdo con la autora, el ser humano es un ser a-político, sin embargo, la *polis* se constituye bajo el apoyo mutuo en la obtención de recursos y medios que posibilitan el vivir juntos. También, hay individuos que tienen un carácter de liderazgo que le permite actuar a favor y por la comunidad.

El poder es acción y su aliada es la capacidad de persuasión en tanto se sea consecuente con lo que se dice y con el actuar. El poder es una de las grandes manifestaciones que permite creer en el otro, apoyar las ideologías que promueven el bienestar de todos y alejar, de manera específica, las situaciones de individualidad.

Como lo menciona Hannah Arendt, como seres sociales necesitamos del otro para vivir en tranquilidad, suplir las necesidades y fortalecer la capacidad de crear. En este momento es cuando se manifiesta la violencia, en el sentido de romper la quietud, ejercer fuerza para cambiar la naturaleza de algo que puede ser beneficioso para el ser humano. Las relaciones interpersonales entre las personas que viven en la misma comunidad permiten compartir ideologías, transformar la naturaleza y hacer uso de la palabra para mejorar las condiciones de vida de todos.

La violencia, por su parte, ha sido uno de los elementos que se ha promulgado con el paso del tiempo y de las generaciones, donde los impulsos o las situaciones que llevan a generar

sensaciones de ira, pesadumbre, dolor, se convierten en determinantes del accionar violento ante determinados acontecimientos en la sociedad. Hay que mencionar, además, que la violencia suele ser justificable por el fin, en tanto se ha evidenciado que algunas organizaciones o grupos sociales llegan a emplear la violencia porque los Estados Gubernamentales hacen caso omiso a la responsabilidad innata que deberían tener con la justicia.

Es imprescindible mencionar que el estudio de las concepciones de poder y violencia desde la obra política de Hannah Arendt nacen desde la necesidad de orientar el pensamiento hacia una reflexión desde la condición humana y su relación con el mundo. Además, desde el análisis de las fuertes guerras y acontecimientos violentos que se originaron en dicha época y que, de una manera u otra, condicionaron el vivir en paz y armonía como sociedad.

Sin embargo, suele considerarse el accionar violento como el mecanismo del pueblo revolucionario, al hacerse escuchar a través de la violencia, que, al fin y al cabo, las víctimas corresponden al mismo pueblo, porque el contra ataque de los Gobiernos se hacen con mucha más fuerza y un número más alto de personas al frente.

En cuanto a la política, personas que han ejercido el poder en los diferentes países del mundo, han potenciado situaciones que humillan al individuo y a su condición humana, generando así respuestas contundentes de las personas que claman por cesar con actividades que perjudiquen el ser.

Sin lugar a duda, la política ha estado presente en el desarrollo de las diferentes épocas y generaciones por las cuales se rige la convivencia y el respeto hacia el otro. Ahora bien, el establecimiento de leyes para generar pautas coexistencia no se basan en el sentido de obediencia, pues un pueblo obediente difícilmente podrá llegar a asumir una postura crítica frente a las

atrocidades o injusticias que se comenten en las diferentes situaciones de la vida. El sentido de establecer ciertas normas corresponde a respetar al otro, verlo como igual y comprender que sin su ayuda, la supervivencia sería nula.

La política, de acuerdo con Hannah Arendt, se asume como los canales de comunicación que vinculan los pensamientos, las necesidades y los avances de la sociedad, en tanto no sea un grupo diminuto de personas que ejerzan el poder para su propio beneficio.

Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (2009). *La condición humana* (R.G, Trad.). Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).
- Arendt, H. (1974). *Los Orígenes del Totalitarismo* (G. Solana, Trad.). Grupo Santillana de Ediciones, S. A. (Trabajo original publicado en 1951).
- Arendt, H. (2005). *Sobre la violencia*. (G. Solana, Trad.). Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1970).
- Arendt, H. (1997). *¿Qué es política?* (Birulés, F., y Carbó, R. S, Trad.). Paidós. (Trabajo original publicado en 1993).
- Arendt, H. (1963). *Sobre la revolución* (Bravo, P. Trad.). Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1963).
- Jouvenel, B. (2008). *Sobre el poder: Historia natural de su crecimiento*. (Fuente, J. M, Trad.). Unión Editorial. (Trabajo original publicado en 1998).
- Georges, S. (1908). *Reflexiones sobre la violencia*. (Ruiz, L. A, Trad.). La Pléyade. (Trabajo original publicado en 1906).
- Lenin, V. (1917). *El Estado y la revolución. La doctrina Marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución*. Biblioteca Omegalfa. Disponible en: <https://omegalfa.es/>
- Weber, M. (1979). *El político y El científico, la política como vocación*. (Llorente, F. R, Trad.). Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1919).